

en el sur de los Estados Unidos, así como las arbitrarias medidas adoptadas por el gobierno norteamericano con los grupos indígenas de su territorio, y que en ocasiones asociaron estos fenómenos con sus tendencias expansionistas. Pero también es un hecho que los periodistas mexicanos, hacia 1845, estaban lo suficientemente bien informados sobre la complejidad del fenómeno expansionista norteamericano como para asociarlo únicamente con los dos aspectos antes citados. Más aún, el autor mismo así lo deja ver en el transcurso de su obra, y sólo hasta el último momento, basándose en dos o tres citas, concluye que los mexicanos estaban atemorizados ante la idea de ser equiparados socialmente a los esclavos o a los indios.

En suma, si Justin Smith nos presentó a una opinión pública mexicana arrogante e inconsciente de las limitaciones de su país, Brack nos la muestra extremadamente emotiva, y a fin de cuentas ignorante. Al parecer, el autor, influido por los acontecimientos norteamericanos de la década de 1960, parece más interesado en mostrar un ejemplo de la adversa imagen que los Estados Unidos son susceptibles de proyectar —y del potencial conflicto que ello trae consigo— que en explicar de verdad los orígenes de la guerra del 47 o el punto de vista de la opinión pública mexicana de aquellos años.

Jesús VELASCO MÁRQUEZ
State University of New York,
Stony Brook

David J. WEBER (ed.): *El México perdido — Ensayos sobre el antiguo Norte de México — 1540-1821*, traducción de Ana Elena Lara Zúñiga, Héctor Aguilar Camín e Isabel Gil Sánchez, México, Secretaría de Educación Pública, 1976, 166 pp. «SepSetentas, 265.»

Esta breve antología de estudios históricos, que en pocas líneas presentan un aspecto del Septentrión, son un almacén de sugerencias para adelantar el estudio de la historia de lo que fueron las Provincias Internas del virreinato de Nueva España.

En buena medida los autores de los artículos quisieron rever la interpretación que se ha dado a una historia que para los mexicanos no tiene mayor atractivo, pero que a los estadounidenses

ses interesa por ser un pasado ajeno a su tradición anglosajona. Todos ellos se refieren a la frontera de México y Estados Unidos; no a la política, como explica Silvio Zavala (p. 162), sino a la que se refiere a la historia de la región que media entre los indios nómadas y los descendientes de los colonos hispanos, que de por sí tiene muchas peculiaridades.

En estos estudios la condición y número de los indios bravos del norte de México, la época en que llegaron allí los españoles, la calidad de las tierras, propicia el uso de analogías para describirlas, pero obliga a seguir la investigación hasta llegar a la singularidad local para en verdad llegarlas a conocer. Parece que éste es el sentido a que apuntan los estudios de esta antología. Son el objeto de investigación las regiones coloniales llamadas, entonces y ahora, California, Nuevo México y Texas. Dos artículos se refieren a la primera, tres a la segunda, cuatro son generales y uno a las Grandes Planicies.

El deseo de llegar a interpretaciones que sean aceptadas por todos, tanto historiadores como lectores y público en general, es cuestión que se manifiesta desde el momento en que el historiador tiene que decidirse por el nombre con que va a designar a los colonizadores que habitaron las provincias internas: ¿eran españoles, mexicanos, criollos, mestizos?

D. J. Weber, el editor de la antología y también autor del primer estudio, sabiendo que el término "mexicano" presenta dificultades tanto a un público de habla española como inglesa, asienta claramente su decisión: "Aunque este ensayo versa sobre la época en que España dominaba el sudoeste norteamericano, he de referirme a los colonizadores que se asentaron en la región como *mexicanos* o *hispanoamericanos*, términos equivalentes a *norteamericanos* o *anglonorteamericanos*" (p. 16). Es ésta una forma convencional de usar el nombre "mexicanos" que no pretende entrar en explicaciones históricas. Pero M. P. Servín, quien precisamente dedica su estudio a dilucidar si tiene fundamento el "mito español" en California, se refiere con cautela a los desarrollos históricos y asienta que va a tratar de "los mexicanos de la época colonial, es decir, las personas de sangre mezclada, en el asentamiento de las fronteras y en especial de California" (p. 113). La mezcla de sangres, española, india, africana o mulata, de numerosos habitantes de las Provincias Internas en la época colonial es una realidad que todos los autores reconocen; pero ¿cómo llamar a esos individuos, digamos mestizos, que pro-

bablemente tenían sangre ópata o apache o tegua o seri, pero en pocos casos mexicana? En la época colonial esta duda no se presentó. Los cambios de soberanía del Septentrión son los que la han hecho evidente. Éste es un tema de estudio por demás interesante, abierto a numerosas posibilidades.

Otra cuestión de nombres es la que se refiere a los individuos no indios que llegaron a las tierras de frontera y que no eran ni religiosos ni soldados. ¿Cómo llamarlos? ¿“Pioneros españoles” (p. 16), “gentes rurales” (p. 70)? Los españoles llamaron a los componentes de la población civil vecinos o fronterizos, pero después aún no se ha acuñado un término en español que corresponda al francés de *courrier de bois* o al inglés de *frontier-man*.

La comparación de datos que presentan los estudios de este libro es también ejercicio que invita a meditar en lo que se sabe del Norte de México. Por ejemplo, en relación con la famosa revuelta de los indios del pueblo de Nuevo México, sobre la que escribió don Carlos de Sigüenza y Góngora, E. P. Dozier asienta que “al finalizar la revuelta, 21 de 36 misioneros y cerca de 380 colonizadores de un total de cerca de 25 mil estaban muertos” (p. 102). Toma el autor la información de Ch. W. Hackett y Ch. C. Shelby. En el estudio de F. V. Scholes, con base en los “Autos tocantes al aislamiento [sic] de los indios de la provincia de la Nueva México — 1680-1681” (Archivo General de la Nación, México, ramo *Provincias Internas*, tomo 37, exp. 6) el número de muertos es el mismo, “401 personas incluyendo 21 frailes” (p. 129), pero el total que él da de la población de Nuevo México es de dos mil quinientas personas, lo que parece corresponder mejor al impacto que produjo la rebelión. Si, como Scholes indica, entre perdidos y refugiados sumaban 2 347, de una población de 2 500, el gran temor, sorpresa y confusión que causó el alzamiento se entiende bien. No hubiera tenido carácter tan alarmante si hubiera habido 2 347 pérdidas en una población de 25 000 almas. En 1768, cuando la prosperidad había retornado a Nuevo México, el marqués de Rubí calculaba que en esa provincia habría, en su “cabeza y misiones contiguas de su dependencia, arriba de 5 000 almas de todas edades y sexos”. El cero en cuestión, que muy probablemente fue añadido por algún tipógrafo al 2 500 original, en alguno de los varios pasos de manuscrito a impreso, es interrogante que se suma a otras que fácilmente puede corregir el lector en estos textos al ir leyendo (p. 129, aislamiento por alzamiento; p. 69, 1958 por 1598; p. 134,

1861 por 1681), pero que en general es índice de la inseguridad con que se manejan los datos demográficos de las Provincias Internas. El número de pobladores del Septentrión en diversas épocas es otro aspecto de su historia que reclama la atención de los especialistas.

El estudio más juicioso, a mi ver, es el de F. V. Scholes, "La sociedad en el siglo xvii en Nuevo México" (pp. 128-139); el más terminante, el de W. P. Webb, "La irrupción española en las Grandes Planicies" (pp. 89-97); el más revolucionario, el de M. P. Servín, "La herencia hispana de California — Una ojeada al mito español" (pp. 111-127).

Hasta hace poco las guías para el estudio de las tierras incul-tas del norte eran las crónicas e historias de religiosos. Esta lite-ratura dio pie a H. E. Bolton, en 1917, en su estudio titulado "La misión como institución de la frontera en el Septentrión de Nueva España" (pp. 35-67), a asentar que las misiones "sir-vieron como las agencias fronterizas de España", que extendieron la fe, exploraban las fronteras, promovían su ocupación, las de-fendían de los asentamientos internos, enseñaban el castellano a los indígenas y los disciplinaban según las buenas costumbres (p. 63). Visión por demás satisfactoria que los frailes coloniales tuvieron mucho cuidado de elaborar. Para proteger a los misio-neros se erigieron los presidios, institución que la corona espa-ñola consideró la más adecuada para proteger los confines de sus dominios y en la que gastó mucho dinero, pero que a O. B. Faulk, en 1969, ya no le impresionaba, pues tituló su estudio "El presidio: ¿fuerte o farsa?" (pp. 55-67).

Por este ejemplo de antología, en la historiografía del Sep-ten-trión que ahora corre hay novedades: se ve cómo se desbaratan mitos y se corrigen interpretaciones. Sus cultivadores fijan la atención en la población civil e intentan interpretaciones de acuerdo con testimonios de todas clases y siguiendo ideas gene-rales de pensadores del siglo xviii como Adam Smith y Emmerich von Vattel (C. A. Hutchinson: "La frontera de California", pp. 140-149). También parece ser útil el método comparativo que usa S. Zavala ("El norte de México", pp. 150-166), quien estudia las fronteras de Hispanoamérica para hacer resaltar la singularidad de la del Septentrión de Nueva España.

María del Carmen VELÁZQUEZ
El Colegio de México